

# El palco del Doctor

*Librado Jiménez*

**C**onocí al Doctor Alfonso Pérez Romo en casa de mis padres. Esta casa era tomada como cuartel de taurinos durante el famoso Carnaval de Jalos y en las recámaras o en la sala misma se vestían los toreros anunciados en la Plaza El Progreso, un viejo coso construido en adobe, sin callejón, con elementales servicios y de un cupo limitado para un pueblo en desarrollo. En el pasillo, en el patio o en la puerta a la calle charlaban banderilleros, apoderados, ganaderos, amigos y aficionados. La afición de mis padres y su amistad con toreros y ganaderos del rumbo abrió las puertas de la casa desde principios de los años 50 del siglo pasado. En el carnaval de 1972, al inaugurarse la nueva Plaza Fermín Espinosa “Armillita”, la fiesta en el pueblo adquirió más

relevancia y, por ende, el ambiente taurino de casa sumó más cartas a su baraja.

No recuerdo con precisión el año en que el Doctor Pérez Romo empezó a visitar el pueblo, quizás al principio de los años 70 del siglo pasado, acompañando al Calesero, al maestro Fermín o a Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”. En todo caso, venía a las corridas de carnaval, al igual que un nutrido grupo de taurinos aguascalentenses, muchos de ellos grandes amigos de mis padres, como Ramón “Ramoncito” Ávila, don José Sánchez, algunos periodistas o quien se autonombró tío nuestro, don David Reynoso.

Lo único que yo sabía acerca del Doctor era su paso por la empresa de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, en sociedad con Solórzano, y que tenía un gran reconocimiento como pediatra. Alguna vez charlamos de pintura taurina, dejándome impresionado su conocimiento, capacidad de observación y exquisita sensibilidad. Recuerdo una ocasión en que, con su hijo Juan (“Juanín”), acompañaban a Miguel Espinosa, e invitados por él, observaban la corrida desde un burladero dentro del callejón, cuando un toro destinado a Antonio Lomelín saltó la barrera con tal impulso que quedó atorado precisamente en el burladero ocupado por Carlos Paredes “Pipo”, Bernabé Esparza, Juanín y otros. Después de la corrida y del tremendo susto, comentamos el incidente en tono de broma, asegurando que ni Goya había documentado un suceso así.

Después de la muerte de mi padre, pocos toreros se vistieron en casa; algunos amigos, como Juan Silveti o Rafael García, seguían visitando a mi madre para charlar al calor de un tequila, antes o después de las corridas, hasta que ella decidió deshacerse de recuerdos que empezaban a volverse tristes y vendió la casa del pueblo para cambiarse a Aguascalientes y tener los cuidados de dos de mis hermanas que ya vivían aquí. En diciembre de 2009, yo también decidí mudarme a Aguasca-

lientes, ya que podría hacerle compañía a mi madre, mientras escribía guiones para TV UNAM.

En abril de 2010, el Museo Aguascalientes presentó una exposición de grabados taurinos que reunía la obra de Antonio Carnicero, ilustrador de la primera edición de *La tauromaquia*, de Pepe Hillo, más de 40 aguafuertes de Goya, litografías de William Lake Price, también obra de Pablo Picasso, Jean Cocteau, Salvador Dalí, Alberto Gironella y otros artistas. Un amigo me llamó para presumirme su asistencia al evento. “Te morirás de envidia”, aseguró, al llamarme desde el recinto un sábado al mediodía. No bien apagué el celular decidí visitar la exposición, para lo cual me puse un *blazer* y, una vez listo para el *medium shot* (encuadre que enfoca al sujeto de la cintura para arriba, muy utilizada en noticieros), llegué al museo, saludando a desconocidos y poniendo cara de desenvoltura mundana. Saludé al entonces gobernador, con quien me unía un lejano parentesco, y busqué con la mirada a mi amigo, cuando encontré al Doctor Pérez Romo cerca de la puerta de la sala donde se exhibían 24 litografías de William Lake Price.

A pesar de algunos años, casi 20, que no nos veíamos, el Doctor me reconoció de inmediato y, tomándome confiadamente por el codo, me invitó a recorrer con él la sala donde se exhibía la colección de 48 grabados taurinos de Goya. Primero me hizo notar las casi imperceptibles señales de antigüedad en el papel en que fueron impresas las imágenes de una tauromaquia en desarrollo. Charlaba con ingenio y profundo conocimiento, no sólo del aspecto estético de los grabados del sordo genial, sino de las suertes que constituían las raíces de la tauromaquia moderna, así como también de las figuras inmortalizadas en los cuadros de Goya, la importancia de los piqueros, más de un siglo antes de que se implementara el uso del peto para los caballos, el salto en garrocha, la participación femenina en la Fiesta, Carlos V alanceando un toro a caballo, la muerte del alcalde —no recuerdo de qué villa, a causa de una cornada infligida por un toro al saltar al tendido—, la prepara-

ción de los moros para la guerra, el espada citando a muerte a porta gayola. Fue un recorrido enriquecido con la charla de un apasionado amante de las artes, incluyendo, desde luego, la tauromaquia como generadora de otras expresiones de ellas.

Pero no fue solamente la sala dedicada a Goya en la que disfruté de la cátedra dictada personalmente por él. Mientras recorríamos la exposición, encontré a mi amigo Ernesto Velázquez, que en ese tiempo se desempeñaba como director de TV UNAM y de quien había recibido la invitación para hacer un documental sobre José Guadalupe Posada, y se lo presenté al Doctor. Nos acompañó a la sala en que se exhibían 24 litografías de William Lake Price ilustrando la Fiesta desde la perspectiva de un británico fascinado por el color y el exotismo de las corridas de toros. Casualmente, hacía poco tiempo que en una revista vieja, de esas olvidadas en algún consultorio médico, leí un artículo en que se hablaba sucintamente de este inglés como un precursor del uso de la fotografía, pero también se mencionaba un episodio en que había salido de España por una supuesta labor de espionaje para el imperio británico en plena expansión.

El Doctor sonrió y recordó la muerte de Eggerton, el pintor asesinado en México por las mismas sospechas, y del resquemor que provocaban los paisajistas al retratar puestos estratégicos de defensa o de observación para eventos militares, escondiendo sus verdaderas intenciones tras un supuesto encanto por el paisaje retratado. El Doctor nos educó con una nueva cátedra de la gran transformación del espectáculo tauromaco, sucedida entre los 30 o un poco más de años, en medio de la impresión de los grabados de Goya y la publicación de las litografías de Lake Price. Pero no solamente fueron unos comentarios curiosos acerca de la historia de la tauromaquia en España a mediados del siglo XIX, fue una extensa charla sobre el sentido ritual y religioso de la cultura peninsular, manifestada en la más trágica y a la vez luminosa celebración de carácter popular que es la Fiesta de los Toros.

Al despedirme del Doctor, él me deslizó dentro del saco una tarjeta, en cuyo reverso había anotado su teléfono, indicándome que le llamara en la semana e invitándome a comer con él. Nos despedimos afectuosamente. Mi amigo Ernesto Velázquez, para quien haría la investigación y el guion para un documental sobre Posada, me presentó al director de Radio y Televisión de Aguascalientes, el licenciado Eduardo González, con cuyo equipo y personal realizaríamos el documental. Durante la comida anterior a la corrida en que José Tomás regresaba a Aguascalientes, Eduardo González me preguntó de dónde conocía yo al Doctor Pérez Romo. Le contesté que de sus visitas a Jalos y de lo poco que sabía de su actividad profesional. Entonces me empezó a contar de la participación del Doctor en la fundación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, su desempeño como segundo rector de la misma, su paso por la presidencia del Patronato de la Feria, sus actividades empresariales y su bien ganada fama como pediatra.

Del Museo Aguascalientes nos dirigimos a un restaurante cercano a la Monumental a comer y a hacer tiempo para entrar a la corrida en que José Tomás regresaba. Ahí, Ernesto me comentó la buena impresión que le había causado el Doctor y su profundo entendimiento de la Fiesta de los Toros, al grado de sugerirme hacer, con el apoyo de Radio y Televisión de Aguascalientes, un documental sobre la exposición en que estuvimos. La charla con el Doctor nos había dado una perspectiva, si no nueva, sí muy interesante sobre la Fiesta, vista a través de la pintura y el grabado.

Esa tarde vivimos en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes el lado sombrío de la tauromaquia, la grave cornada que el toro “Navegante”, de la ganadería potosina de Pepe Garfias, le dio al llamado Príncipe de Galapagar. El toro, que ya le había avisado del peligro que dejaba ver al torearlo por naturales, le tiró un derrote, prendiéndolo del muslo izquierdo y levantando la cabeza para dejarlo caer en la are-

na, soltando un grueso chorro de sangre. La plaza enmudeció al ver la evidente gravedad de la cornada. Las asistencias se apresuraron a levantarlo, en tanto un subalterno, metiéndole los dedos a la herida, logró coger y oprimir la vena por la cual se le iba la vida al torero. Joaquín Sabina se dejó caer desde el palco al callejón para tratar de ayudar a su amigo rumbo a la enfermería. Tras una rápida y afortunada intervención de los doctores de la plaza, el herido pudo ser trasladado al Hospital Hidalgo, donde, después de más de ocho horas de intervención médica, lograron estabilizarlo y atender las graves lesiones que “Navegante” le había causado.

Un par de horas después de terminada la corrida, estábamos en la Plaza de Toros San Marcos, en la cual, un enamorado de la Fiesta Brava, Joaquín Sabina, daba un concierto. Visiblemente preocupado y con la voz quebrada, empezó su recital dedicándolo al torero herido, saliendo del escenario entre canción y canción para enterarse de su estado, hasta que, después de una de esas pausas, con voz casi alegre, anunció que los doctores ya habían estabilizado a José Tomás y había esperanzas de salvarle la vida, provocando un aplauso de alivio en la concurrencia.

Una vez terminada la feria, me puse de acuerdo con el Doctor para grabar con él una participación en el documental *Tauromaquia y arte*. Un luminoso mediodía de mayo regresamos al museo para hacerla. Después de una vuelta por los salones donde se exponía parte de la magnífica colección de Marco Antonio Ramírez, el resto estaba en el museo adjunto al Centro Cultural Tres Marías de Morelia, Michoacán. Nos sentamos en uno de los pasillos con la cámara lista para recoger un poco de la sabiduría artística y taurómaca de Pérez Romo. Después de un breve análisis de las principales diversiones, aspiraciones e intereses de la juventud actual, comparándolas con el toreo, nos llevó a entender el sentido profundo, casi religioso, de la Fiesta y de la transformación que se da en los individuos que la ofician, poniendo de ejemplo a quienes, ha-

biendo nacido y desarrollado en un ambiente de pobreza, con necesidades básicas de supervivencia y falta de acceso a la educación, habían logrado cultivarse y transformarse en personas con capacidad de conversación en cualquier reunión, alegres, sanos, dispuestos a gozar la vida con la misma valentía y entereza con que enfrentan la muerte cada domingo. No recuerdo literalmente sus palabras, pero sí su postura frente a la fiesta del oro, la seda, la sangre y el sol. Los mismos conceptos vertidos en su libro *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*, de donde extraigo y comparto algunas citas:

1. “Nuestra herencia literaria, artística y filosófica, parece ser hoy objeto de desprecios y de olvidos. Pero son la única fuente de conocimiento emocional que nos dice qué hacer y qué sentir”.
2. “Por eso, todas las culturas tienen sus raíces en lo religioso y de esta raíz toman la savia moral que nutre todas las ramas de lo especulativo y de las artes”.
3. “En lo que se refiere al toreo, me parece que ha venido siendo afectado cada vez más, negativamente; porque puede afectarse la ritualización del evento que debe elevarse desde lo lúdico a lo cuasi-religioso ahí donde el público se vuelve también un actor efectivo de un drama o de una ceremonia”.

Este mismo sentir del toreo como impulso vitalmente artístico hizo que el Doctor armara su vida como una faena. Criado en Aguascalientes, pero nacido en Chihuahua, sus padres, gallegos, le dieron el carácter jovial, junto con la educación del trabajo. Empujado por una temprana vocación de servicio y un humanismo innato, estudió la carrera en la Escuela de Medicina de la UNAM, cuya sede estaba en el antiguo edificio del Santo Oficio, en la Plaza de Santo Domingo.

Si el joven Alfonso Pérez Romo ya llevaba en el corazón la afición taurina de quienes crecen en esta tierra, al llegar a la Ciudad de México la ve más que satisfecha, debido, sobre todo, a la importancia y frecuencia con que se daban, en las plazas capitalinas, corridas, novilladas y otros festejos taurinos. A la par que la carrera de medicina, cultivó su gusto por la tauromaquia, participando en festivales como aficionado práctico. En la década de los años 40 del siglo pasado eran bastante comunes las peñas taurinas conformadas por estudiantes de diferentes carreras, así como los festejos por cualquier pretexto: fin de cursos, fechas claves en que se toreaban vaquillas y, de vez en cuando, algún novillo despuntado.

Aunque conozco poco de su regreso a la tierra natal, sé con certeza de la total aceptación que tuvo en Aguascalientes como médico pediatra, pero también incursionó con éxito en otras empresas, entre ellas, años después, la de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes. En ella, aumentó sustancialmente el número de corridas que hasta entonces se habían ofrecido en la Feria Nacional de San Marcos. Su honestidad y amor por la tauromaquia le sumaron seriedad a la Fiesta, al comprometer a toreros y ganaderos a respetar contratos. También es memorable su gestión al frente del Patronato de la Feria, así como en la dirección del Instituto Cultural de Aguascalientes. Mención aparte merece su lucha para tener en su tierra una institución que acercara la educación superior a la creciente población estudiantil, la Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la cual fue fundador y segundo rector. En ella, se establecieron las carreras más necesarias para una ciudad con un acelerado crecimiento demográfico, industrial y económico.

En uno de sus más recientes cumpleaños, me parece que con motivo de sus 85 años, se torearon unas vaquillas en la Hacienda El Chichimeco. Recordando su experiencia como aficionado práctico, el Doctor bajó al ruedo pidiendo una muleta. La tomó y, con seguridad y sobria elegancia, le dio una

serie de pases muy bien rematados y, al regresar a su lugar, exclamó: “¡Esto es vida!”. ¡Esto es vida! Seguramente lo repitió muchas veces a lo largo de su generoso paso por ella. “¡Esto es vida!”, dijo al cerrar un libro donde se hablaba del arte mudéjar en España o de unas figurillas etruscas de bronce encontradas en Italia. ¡Esto es vida!, al apagar la computadora después de escribir durante horas acerca de la visión y los recuerdos de vida del Calesero. ¡Esto es vida!, al bajar de su palco después de una tarde de feria y toros. ¡Esto es vida!, degustando una raicilla o cualquier otro mezcal con los amigos. ¡Esto es vida!, abrazando a familia, amigos y alumnos con el mismo cariño, dejando en ello la semilla de su amor por las bellas artes, incluyendo en ellas, no podría ser de otra manera, la Fiesta de los Toros. ¡Esto es vida, Doctor! Tenerlo presente en su herencia de curiosidad, sapiencia y amor por nuestra cultura.

